

Irish *Black*

— José María Gil Cruces —



IRISH BLACK

José María Gil Cruces



Contenidos

[Portada](#)

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[Sobre el autor](#)

[Sipnosis](#)

[PRIMERA PARTE: DE IBERIA A HIBERNIA](#)

[CAPÍTULO I. CASTILLA](#)

[CAPÍTULO II. LISBOA](#)

[CAPÍTULO III. HIBERNIA](#)

[SEGUNDA PARTE: LOS OCÉANOS, 1913](#)

[CAPÍTULO I. VERACRUZ](#)

[CAPÍTULO II. LA TIERRA DE FUEGO](#)

[CAPÍTULO III. ISLA DE PASCUA](#)

[CAPÍTULO IV. VALPARAÍSO](#)

[CAPÍTULO V. MALVINAS](#)

[CAPÍTULO VI. PATAGONIA](#)

[TERCERA PARTE: EUROPA, 1938](#)

[CAPÍTULO I. DUBLÍN](#)

[CAPÍTULO II. ÉVIAN-LES-BAINS](#)

[CAPÍTULO III. GINEBRA](#)

[CAPÍTULO IV. SANTANDER](#)

[CAPÍTULO V. BAILE ÁTHA CLIATH \(Dublín\)](#)

[CAPÍTULO VI. PEQUEÑO SOL CANTÁBRICO](#)

[CAPÍTULO VII. GRAN SOL](#)

[CAPÍTULO VIII. BRETAÑA](#)

[CAPÍTULO IX. LONDRES](#)

[CAPÍTULO X. ENTRE DUBLÍN Y BERLÍN](#)

[CAPÍTULO XI. AMBERES](#)

EPÍLOGO

© De la presente edición Espéliz Editores 2012

Calle San Sebastián 16

04200 Tabernas, Almería, España

Tel.: 950 365 123

e-Mail: editores@espeliz.com

© Texto: José María Gil Cruces

© Portada e Ilustraciones: Alejandro Ortega
(oromolio.aom@gmail.com)

ISBN: 978-84-939628-3-8

ISBN eBook: 978-84-939628-4-5

Depósito Legal: AL 425-2012

Impreso en España

Segunda edición: Junio - 2012

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el artículo 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

"Con mis maestros he aprendido mucho;
con mis colegas, más;
con mis alumnos todavía, más".

Proverbio hindú

Dedicado a mis queridos hijos, alumnos predilectos:

José María, María del Mar, Antonio y Merche.

Sobre el autor

José María Gil Cruces, nacido en Almería estudió Geografía e Historia en la Universidad de Granada licenciándose en junio de 1981.

Ha dedicado sus últimos treinta años a la docencia en Bachillerato y ESO. De esta experiencia y junto a ser padre de cuatro hijos ha aprendido a enseñar como algo natural.

Sipnosis

En Irish Black presenta un difícil capítulo de la Historia mezclando rigor científico y experimentada didáctica. Inmerso en lo cotidiano de la vida, Ernesto, protagonista de esta novela, desvelará los secretos de un episodio poco conocido y peor interpretado de esta, nuestra Historia, como si de una página de su vida se tratase. Encontraremos un ameno y sugerente entramado de viajes, aventuras y traiciones junto a reconocibles personajes. Historia e historias. Y, sobre todo, vida. Una vida que no puede dejar al lector, indiferente.

Cuando en 1588 un puñado de valientes españoles quedó encallado en Irlanda a la buena de Dios, por obra y gracia de una feroz tormenta, olvidados de los Tercios y de la Monarquía Imperial, la Invencible Armada nunca llegó a echarlos en falta. Pero nada ni nadie podía suponer que al cabo de los siglos, los descendientes de estos hispanos y de aquellas irish, llegarían a gobernar la Isla Verde y se convertirían en árbitros de una Europa que se hallaba en la antesala de la II Guerra Mundial.

Irish Black pone en escena la preparación de la Operación Catalina, intento fallido de la Alemania de Hitler de invadir Gran Bretaña, con ayuda irlandesa, como parte imprescindible del dominio de Europa.

Junto a personajes históricos, como el Premier irlandés, Éamon de Valera o el Jefe del Espionaje Militar Alemán, el todavía Vicealmirante Canaris, el autor de esta novela histórica recrea la lucha por el control de la Información de

los distintos servicios de Inteligencia Europeos, representada por un simple agente del G2 irlandés, Ernesto Safeland (Ernesto Salvatierra), quien tratará de poner en jaque a Agencias tan reputadas como el MI5 inglés, el Abwehr alemán o el Deuxième Bureau francés.

PRIMERA PARTE: DE IBERIA A HIBERNIA

"Dioses, no me juzguéis como a un dios sino como un hombre a quien ha destrozado el mar".

Plegaria Fenicia.

CAPÍTULO I. CASTILLA

Las calles de Medina del Campo reflejaban fielmente la grandeza de una ciudad que había crecido sin parar hasta límites insospechados desde hacía varios siglos y de una manera continuada. Sin embargo, Ernesto sospechaba que ya no era factible un mayor desarrollo ni urbanístico ni, mucho menos, económico, pues se hacía evidente que la ciudad había tocado techo, y que todas las prebendas conseguidas por la gran urbe en la última centuria, podían estar llegando a su fin; si era cierta aquella máxima de que todo lo que no sube, no tarda en bajar, habría que actuar rápidamente y en consecuencia.

La economía castellana había sufrido dos terribles bancarrotas casi seguidas en la segunda mitad del siglo XVI y si bien la primera solo la conocía por referencias, de la segunda por desgracia se podía dar fe fácilmente, mientras que la aparición de la tercera solo era cuestión de tiempo. Ésto era lo único que no tenía el muchacho; si no actuaba ya, alguien se adelantaría y podría ser demasiado tarde. Pero el temor se produce en aquellos que pierden o han perdido un bien valioso, mientras que cuando cunde el pánico -fenómeno contagioso de muy severas consecuencias- las personas no están dispuestas a empeorar su patrimonio a costa de lo que sea; en cambio, los que nada tienen, nada temen y deben aprovechar la contingencia puesto que solo pueden ganar con el ansiado cambio. Ahí entraba en juego la intuición del joven y audaz Ernesto.

La vida le estaba enseñando a ser ambicioso pero sin renunciar a la prudencia de los propios actos, con una

medida no exenta de inteligencia, que en las fechas de esta historia, se confundía con la picaresca, por lo que tenía que saber elegir el momento adecuado; hasta ahora, casi todo le había salido aceptablemente bien, pero un descuido podía ser fatal para sus intereses.

Una cosa sí tenía bastante clara, y es que una oportunidad como la actual no llegaba todos los días, y además, la doncella merecía la pena: su porte, distinguido y dotado de cierto grado de altivez, delataba alta cuna, quizás algo venida a menos, pero en los tiempos que corrían, éste era un dato que resultaba hasta loable; el problema residía en que los competidores se multiplicaban casi a diario y cada vez apretaban más y mejor: a fin de cuentas ¿qué podía ofrecer Ernesto Salvatierra a la protegida del gran comerciante castellano Simón Ruiz? De momento, nada, pero esto era solo el principio.

La Iglesia de los Santos, Facundo y Primitivo, había sido el punto de encuentro primigenio de manera fortuita con su joven pretendida, aspirante a algo más que simple conocida, candidata a prometida, y posible madre de sus hijos dentro de un esquema mental con un futuro no muy lejano, además de rica y única heredera del típico don Avaro del Lugar. Así que ya tenía algo en el morral, aparte del conocimiento que implica saber la ubicación de un lugar asiduo donde acudir; la investigación debía continuar junto a esas sagradas piedras, sin alarmar a la muchacha pero sin dilatar en exceso la anhelada operación.

El invierno del Año de Nuestro Señor de 1588, estaba resultando especialmente crudo, aunque la asistencia a la Misa de siete siempre resultara sagrada; todas las mañanas de enero, Amparo acudía puntual a su cita con el historiado templo, junto a la que parecía ser la criada principal de la casa, una anciana decrepita, pero firme en los andares y

muy convincente en sus maneras. Apenas una veintena de personas traspasaba cada madrugada el dintel de la labrada filigrana de la cancela, argumento numérico más que suficiente para no ser demasiado atrevido; pero la suerte suele tropezar con quien la busca con ahínco y aquella mañana, como siempre, las dos mujeres buscaban la cuesta de la calle de Ávila una vez concluida la Eucaristía, cuando de pronto, la dovela central del arco de la portada se desprendió bruscamente del extradós de su arquería alcanzando levemente el hombro de la muchacha, quien cayó al suelo en aparente desmayo sin lanzar un solo quejido.

En cambio, las voces de alarma del ama junto al requerimiento del oportuno como tan necesario auxilio, se pudieron escuchar por toda la ciudad que en cuestión de pocos minutos ya tuvo su comidilla para una larga temporada. Cerca de veinte mil almas castellanas no tardarían en relatar una vez tras otra, con variedad de interpretaciones y riqueza de detalles, el accidentado acontecimiento junto a la heroica actuación de Ernesto; dicho comportamiento, en efecto, no se hizo esperar, toda vez que el joven atendió raudo a la dama caída a la que aplicó un delicado torniquete en el hombro izquierdo cuando logró trocear en amplios jirones su propio jubón. No pareciendo suficientemente satisfactorio al solícito samaritano el estado de la joven mujer, no dudó en recogerla en brazos a volapluma y abriendo paso a voces y empellones, logró introducir su bella carga, tras atravesar el pórtico mediante un par de rápidas zancadas, en la cercana casa de don Sebastián Garay, afamado cirujano que lo fue de la Corte vallisoletana, quien no salía de su asombro tras el primer estudio efectuado a la paciente:

-¿Dónde diantres habéis aprendido a aplicar un torniquete así, hombre de Dios? ¿Es que queréis arruinarme? ¡Si lo

hacéis mejor que yo, pardiez!

CAPÍTULO II. LISBOA

Las primeras luces de Lisboa aparecieron aquella mañana con el anuncio de una espectacular primavera en flor; por doquier asomaba la nueva estación, con el porte y la alegría típica de una rica floresta y una animación inusitada.

Cualquier calleja del barrio de la Baxia y por supuesto de la Alfama, presenciaba el gentío propio de los grandes eventos, pero cuando una vez que se bajaba la cuesta de la Praça do Comércio, aparecía el puerto en todo su apogeo, el espectáculo se manifestaba simplemente grandioso.

Jamás se había visto en rada alguna, una concentración mayor de navíos de guerra, transportes y naves de apoyo, casi imposible de retener en la retina, tal era el cúmulo de galeones, galeras, galezas, carabelas, urcas, zabras, pinazas y pataches, que pasaban largamente del centenar; por ese motivo, el estuario del río Tejo, con dos kilómetros en su parte más estrecha y más de diez mil metros en la de máximo esplendor, parecía un espacio angosto y venido a menos para tan feliz acontecimiento.

Tampoco era desdeñable el alboroto que producían los traslados de arcabuces, espadas, mosquetones, botas, borceguíes, polainas y pertrechos varios, con las idas y venidas de mozos, criados con carretas repletas de vituallas, municiones y un sinfín de impedimenta que debía ser transportada a bordo de los barcos, sin olvidar el factor humano, el componente más importante en cualquier ofensiva: nueve mil hombres, por ahora, preparados para recoger en Flandes a más de veinte mil soldados de élite dispuestos a todo con tal de castigar la insolencia de una

Reina taimada junto a unos cuantos desvergonzados piratas de tres al cuarto convertidos de viles bucaneros en caballeros ingleses en menos tiempo del que tarda en cantar un gallo, por vergonzoso y real designio.

De entre ese ingente número de marinos, marineros, soldados de tropa, legos, frailes, grumetes, cirujanos y demás compañía, destacaba un audaz joven recién llegado de Castilla, provisto con las mejores cartas de presentación imaginables: las del mismísimo Juan del Águila Arellano, Maestre de Campo de los Tercios de Flandes, el cual tras el asedio de Amberes tres años atrás realizado por don Alejandro Farnesio, no había dudado en presentar al alférez Ernesto Salvatierra, como tenaz héroe de la batalla del río Escalda.

Sin embargo, la ilusión del joven soldado pronto se vio alterada tras la fatal noticia del fallecimiento del Marqués de Santa Cruz, don Álvaro de Bazán, que trastocaba todos los planes de la Grande y Felicísima Armada al perder a su Comandante en Jefe; rápidamente su Maestre fue llamado a la Corte, teniendo el honor de ser presentado al mismísimo Rey con estas palabras:

-Señor: conozca Vuestra Majestad a un hombre que nació sin miedo.

Pero con el obligado cambio de planes, del Águila fue propuesto por Felipe II para comandar un nuevo Tercio, que debería desembarcar en una segunda oleada en las Islas Británicas partiendo desde Santander, por lo que el pensamiento de Ernesto quedó sumergido entre dos aguas, las atlánticas y las cantábricas; sin embargo sus ansias de promoción y las ganas de un embarque cuanto antes mejor, para intentar el éxito en su estudiada empresa, le hicieron solicitar un hueco en el extenso rol de la aventura lisboeta.

Como tantas familias andaluzas de la época, la de Ernesto Salvatierra Fajardo, había adoptado el apellido materno en primer lugar, sin que ello implicara renegar del venerable padre que pasaba por un auténtico hidalgo, cristiano viejo de la comarca de los Pedroches con algunas tierras más baldías que otra cosa, en un usufructo que no le habría de cambiar el devenir de su insigne y sin embargo, humilde existencia.

El matrimonio Fajardo-Salvatierra, resultó bendecido con media docena de hijos nacidos vivos, con la más que curiosa particularidad de que todos ellos resultaron ser varones: Eduardo, Rogelio, Ramón, Jacinto y Francisco formaban un equipo demasiado extenso para la impaciente espera del benjamín de la casa, el joven Ernesto, quien no veía otra suerte que la de las armas para salir de la árida y a la vez fría serranía cordobesa.

Apenas cumplidos los quince años, Ernesto fue enrolado en la compañía de don Francisco de Guardia, se incorporó al Tercio de Sicilia, donde recibió su bautismo de fuego y de acero, aprendió a diferenciar la toledana de la vizcaína y comenzó a sortear los lances y las oportunidades, más bien escasas, que la vida ofrece a un soldado de fortuna.

Muy pronto descubrió los avatares de las escaramuzas y las reyertas, antes que las misteriosas intrigas que llenan muchas batallas y la totalidad de las guerras, tan lejanas y escabrosas para un mozalbete imberbe como para el mismo capitán de la compañía, a menudo ignorantes, todos ellos, de lo que acontecía más allá de la línea de combate. Sin embargo, una cosa le iba quedando clara al muchacho: los doblones eran doblones, y los escudos, escudos, y todo aquel sonido dorado que se producía en los intercambios monetarios, era capaz de trastocar el curso de las guerras, de la misma manera y con tanta facilidad con la que una

buena bolsa podía cambiar la suerte e incluso la vida de su propietario.

CAPÍTULO III. HIBERNIA

La oscuridad resultaba ahora demasiado alarmante mientras la tormenta amenazaba de nuevo, esta vez de manera muy agresiva, al maltrecho velamen de la pinaza.

Aunque no se veía prácticamente nada, sí se intuía la recortada costa norteña con sus afilados acantilados y sus traicioneros arrecifes, formados con puntas de roca de finísimas aristas que emergían amenazantes sobre gruesas moles de piedra basáltica; y todo ello, sin olvidar a sus no menos peligrosos moradores, fuesen irlandeses o escoceses, en función de dondequiera que el ventoso azar hubiese arrastrado al barco, pues se contaban por cientos los islotes desperdigados por esas latitudes septentrionales, con la característica común de que estaban avisados, como sin duda se encontraban aquellos herejes, de las vicisitudes de la flota imperial.

Los más experimentados marineros percibían en la distancia los rostros asalvajados de los abundantes animales de carroña, tan expectantes como impacientes, ante lo que se anunciaba como un desastroso final, al que solo faltaba el consabido naufragio, con el rastrero reparto de un botín que se antojaba en principio muy sabroso para esos barbudos rapaces, virtuosos oteadores de tan escarpados farallones.

Con sus treinta y dos toneladas escasas, el María Magdalena podía pasar muy bien ante unos ojos no demasiado avezados como un navío pequeño aunque esto era relativo, sobre todo cuando el recio tajamar hendía firmemente todo su poderío en las oscuras aguas atlánticas; el barco las atravesaba con fiereza como si las opacas y frías oleadas

que le impelía la mar oceánica, fueran un frágil pedazo de manteca enfrentado en duro y desigual combate a un buen acero manchego.

Pero la situación en el navío era más que desesperada, y los escasos hombres que se encontraban medianamente operativos eran conscientes de su frágil situación, pues apenas si tenían fuerzas para rezar sus más íntimas oraciones y bastante hacían maldiciendo a todos los demonios, dificultosamente en pie; tan solo esperaban casi con alivio, el postrer y definitivo envite de la madre naturaleza.

Las últimas informaciones obtenidas a través de las luminarias dos días atrás, una vez doblado Cape Wrath, no eran muy halagüeñas y aún así, podría decirse que había algo de suerte pues, una de las zabras que había circunnavegado las Islas junto a otros navíos españoles huyendo de los brulotes que lanzaban en llamas los ingleses contra la Armada, había zozobrado finalmente yendo a romper quilla frente a algún lugar de las recónditas islas Hébridas a no más de dos millas por babor del María Magdalena. Solo la impotencia y la certeza de una muerte segura, había impedido actuar con mayor dosis de la necesaria y obligada camaradería.

La sensación para un útil servicio de postre de los rudos habitantes de esos destartados islotes no hacía sino crecer por momentos, lo que originó que, por enésima vez, el capitán Camuñas tuviera que tomar cartas en el asunto:

-Si no ponemos todos de nuestra parte seremos el hazmerreír de ese hatajo de malas bestias que nos acechan desde la costa -gritaba cuanto podía a un puñado de hombres que apenas si tenían ya capacidad para el simple entendimiento -y os aseguro, que a nadie le gustará ser el

bufón de turno de esa gentuza, así que ¡espabilad, cuadrilla de inútiles, que aún no nos han atrapado! ¡Usad las bombas! ¡Achicad! ¡Achicad!

Con total seguridad había sido la peor tempestad que habíamos soportado en toda nuestra existencia, con unas consecuencias adecuadas al tamaño de las olas, a la fuerza de las ráfagas ventosas y al negruzco color de un mar embravecido con la inestimable ayuda de todos los demonios escapados del Averno para tan escabrosa ocasión.

Llevaba varios minutos medianamente consciente, o eso creía yo, arrojado por ese traicionero océano y plantado de bruces junto a unas malditas rocas picudas que se clavaban en todos los lugares imaginables de mi maltrecho y dolorido cuerpo; pero la sensación de ese dolor tan intenso que, paradójicas del sufrimiento, no te concede la ocasión ni siquiera para una mínima queja, como si pretendiera cobrar un puñado de maravedíes por ello, alternaba con la del frío que atenazaba mis huesos, mi carne y todo mi ser.

¿Podría existir vida humana en estas gélidas tierras? ¿Cómo es posible que padeciera tanta sensación de frío un hombre joven y fuerte, curtido no en cien pero sí en más de una docena de batallas? ¿O es que no se trataba de una simple percepción?

Puede que ayudara a resolver esta incógnita el refluo del rompeolas que cada veinte o treinta segundos me devolvía a la dura realidad en forma de baño gélido que impregnaba todo mi esqueleto de los pies a la cabeza. La totalidad de lo

que quedaba de mi ropa estaba empapada y mi cuerpo no era capaz de obedecer las órdenes que el cerebro mandaba: ni las piernas ni los brazos, ni siquiera el extremo de los dedos tenía fuerzas para responder; quería moverme pero ¿cómo se efectuaba aquella maniobra? ¿Se me habría olvidado hasta reptar por el suelo como los más rastreros animales de la naturaleza? ¿Quedaría mi maltrecha osamenta para los restos en aquella especie de playazo maldito, sin fina arena que acariciar, pero fría y húmeda como ninguna?

No había navegado hasta allí con toda suerte de privaciones, escapado de los brulotes ingleses y doblegado por todas las tempestades posibles, para acabar como alimento a las numerosas aves de carroña que empezaban a sobrevolar en semicírculos, cada vez más peligrosamente cercanos; incluso avisté dentro de mi limitada e incómoda perspectiva, algún buitre más atrevido, que amenazaba mi cuerpo con amagos de acercamientos nada amistosos.

Pero el sopor que precede al sueño más profundo que una persona completamente extenuada pueda sentir, llamaba de manera insistente a la puerta de mi conciencia, al límite de la inconsciencia, aunque yo intuía que si volvía a caer en los brazos de Morfeo a lo peor iba a ser para siempre, y todavía me quedaban al menos un par de cosillas que realizar en esta vida -tan solo había plantado algún que otro árbol perdido por esas estepas de Dios, para alivio de las laderas de solana en los estivales páramos castellanos- por lo que la idea de la clausura definitiva de los ojos no me atraía en absoluto.

Sin embargo, lo sugestivo de dicha somnolencia suponía toda una provocación que reinaba sin parar en mi cabeza porque las fuerzas humanas son limitadas y a mí no me quedaba ni un ápice de ellas. De hecho, ya había decidido

que mi existencia en este valle de lágrimas tocaba a su fin, incluso me había dejado llevar por la inercia del moribundo, cuando rendido al cansancio y con los ojos medio entornados, entonaba el último Pater Noster en la antesala de la muerte; en tal estado de postración tanto física como anímica, una jauría humana interrumpió mi oración, entreabrí los párpados de manera autómata por si era mi última visión terrenal a la vez que disminuía mi fatiga como por arte de magia.

El número de hombres, mujeres, niños, ancianos y todo aquel que podía valerse por sí mismo bajando por la empinada cuesta del abrupto acantilado, era enorme; esa ingente cantidad de personas, enjambre sin alas en apariencia de actitud hostil, se dirigió hacia mí, inerte como estaba, enclavado en algún lugar de sus fantasmagóricas costas; daba la sensación que fuera la última hazaña que esta vida les reservaba a cada uno de ellos, tal era la vitalidad que demostraban.

Dentro de un estado de ofuscación general, observé que la longitud de la cala era lo suficientemente amplia como para establecer un concurso de carreras de fondo de más de tres millas de lado a lado aunque no de forma lisa sino sorteando infinidad de tipos de obstáculos que la caprichosa madre naturaleza había situado por doquier; pero todo el mundo parecía tener prisa por llegar el primero, y aquellos indígenas se movían como diablos trepadores entre arbustos espinosos y un variado roquedo que no parecía motivo alguno de preocupación para esa masa humana; hasta los más ancianos trataban de empujar y ganar puestos a rivales más ágiles en apariencia, con amplio repertorio de trucos y jaranas, incluidos buenos bastonazos y atrevidos empujones con el acicate de un rosario de voces entre ellos mismos que entendí como insultos e

improperios, dentro de mi ignorancia en el idioma en el que berreaban esas gentes, extraño lenguaje donde los hubiere.

Cuando comprendí que el botín sería yo, era demasiado tarde: De todas maneras tampoco tenía las herramientas necesarias para cambiar mi suerte, pues aparte de los ojos, creo que nada funcionaba en mi cuerpo de la manera prevista por la madre naturaleza. ¿Comerían "de todo" esas malas gentes como se escuchaba en las más grotescas narraciones de naufragos?

Un rapazuelo desgarrado, sucio como el rescoldo de la hoguera que lo vio nacer y desdentado tanto por arriba como por debajo de su enorme boca, se abalanzó cual largo era sobre mi persona, presa fácil e indefensa, para arrollarme y estrujarme aún más contra el pedregoso suelo, si es que aquella operación era todavía factible.

El ensordecedor griterío, se aplacó de pronto como si una campana hubiera tañido un lastimoso réquiem y en ese mismo instante, cual si de la varita de Moisés se tratara, una estrecha y larga vereda se abrió entre los segundones y demás corredores rezagados que pese a sus grandes zancadas, no habían obtenido el premio.

De la apretujada masa apareció ante mis atónitos ojos lo que parecía ser un esqueleto de mujer al que el Ser Supremo había bendecido con la capacidad del movimiento, relativamente joven, sucia y haraposa como el muchacho, cual dos gotas de agua, con un inexpresivo rictus más cadavérico que otra cosa, quien emitió un gran grito triunfal, como salido de las entrañas más profundas de su garganta, que fue refrendado por aquella orquesta recibidora de naufragos por todo el anchurón del playazo, con un eco majestuoso que pudo oírse a varias leguas de distancia; luego, se acercó un anciano no más aseado que el

resto de la caterva y tras separar los vuelos de una especie de capa andrajosa como pocas y adornada con llamativos cuadros jaspeados que llevaba sobre sus hombros, extrajo de su vaina una fina daga que entregó casi con delicadeza a la mujer, quien la recogió por el nacarado puño con evidente satisfacción.

La joven, sin más explicaciones, cogió mi cabellera con su mano diestra y asió un puñado de morenas hebras entre sus dedos, que rivalizaban en grasa con mis afligidos cabellos, aunque quizá éstos no superaran en negrura ni en falta de higiene a las parduzcas uñas de la muchacha. La paradoja de la extrema negritud en unos tipos tan blanquecinos no dejaba de ser chocante incluso para un náufrago desvalido y cordobés.

<<Este sí que es el fin, Dios mío. Nunca debí pagar a aquel haragán un puñado de maravedíes para que lanzara la piedra de la iglesia sobre el hombro de Amparo y aparecer como su salvador>> -pensaba fríamente- cuando de pronto, de un limpio tajo, una esquelética pero habilidosa mano zurda cortó un amplio mechón de pelo de varios centímetros de longitud, que lanzó a los cuatro vientos con entusiasmo, esparciéndose en un fugaz instante entre las rocosas perspectivas.

De nuevo, los vítores, coros desafinados y chillidos de entusiasmo cubrieron toda la ensenada, con especial algarabía de la gente menuda que saltaba y danzaba alrededor del improvisado altar de sacrificio.

¿Sería la inmolación el siguiente paso en mi extraño vía crucis? Si era así quizá habría pasado la primera estación de penitencia. Quien no se consuela es porque no quiere.

<<Aún no he muerto -me dije sorprendido -o puede que me encuentre en el infierno. Eso debe ser. Francamente, lo esperaba peor y sobre todo, mucho más caluroso, o al menos, menos frío>>.

En cualquier caso, las tribulaciones de un español en Irlanda no habían hecho más que empezar.

Apenas repuesto del último ritual, cuatro grandes brazos que surgieron como de la nada, me cogieron en volandas y me alzaron del suelo como a una simple pluma. Uno de los salvajes comenzó una sarta de palabrejas a toda la potencia que daban sus cuerdas vocales y acompañado de un amplio repertorio de golpes repartidos a discreción, me dejó como flotando en una nube pero sin aire para consolar mi jadeante respiración. Mientras tanto, su improvisado ayudante no se quedó atrás, y a la retahíla dialéctica de lo que parecían sin duda un conjunto de dedicatorias muy poco afectivas, añadió su ensañamiento con mi estómago, que no estaba para muchos trotes, con una alternancia de puñetazos, izquierda-derecha-izquierda, que chocaban con mi maltrecho cuerpo, lo que a punto estuvo de acabar en tragedia.

Sin duda se trataba del purgatorio, pues literalmente estaba purgando mis culpas y puede que hasta con colmo. ¡Malditos recuerdos que acuden a la mente cuando no se les llama!

<<Jamás debí despachar a aquel turco de aquella manera en la defensa de Malta. Cierto es que estábamos uno contra otro jugándonos el pellejo, pero el infiel ya había caído al suelo, condenado por marrullero. Sin embargo, sus ojos imploraban piedad y su alfanje había volado a más de seis o siete metros del núcleo de la escaramuza>>.

<<Yo no había disfrutado aún de veinte abriles pero aún así, le sacaba un par de años al mameluco, tirando por lo bajo, y la llegada de un puñado de aragoneses que animaban a un joven andaluz a su bautismo de sangre hizo el resto, que no fue precisamente una concesión a la obligada caridad cristiana, sino más bien, un ejercicio de ayuda para que aquel hombre estuviera esa misma noche en su paraíso. Por mi parte, aquella misma madrugada perdí en el puerto de La Valletta mi virginidad como persona humana, y como hombre, por lo que ahora mismo resultaba bastante claro que me pedían cuentas, y que éstas no cuadraban por muchos intentos que efectuara>>.

El resultado del cariñoso examen no se hizo esperar y los vómitos aparecieron raudos y abundantes, menos espesos que licuados, lo que no agradó demasiado a mis nuevos admiradores, aunque es posible que este hecho vomitivo me salvara la vida. Una vez que hubo pasado la primera indisposición gástrica, no lo dudaron un instante y comenzaron a desvestirme antes de que me diera cuenta de lo que ocurría o de que se volviera a repetir mi desagradable recital. No es que me preocupara demasiado el triste espectáculo de mi desnudez del que era involuntario protagonista, pero el frío volvía a acompañarme de manera cruel e intensa, y la paliza recibida apenas templaba mis nervios y mi falta de calorías.

Sin apenas tiempo ni para un fugaz pensamiento, el viejo del cuchillo, se adelantó de nuevo a la masa y con un gesto enérgico y un vozarrón impropio de su lamentable estado general, comenzó a despedir a los niños y mujeres del grupo, que a regañadientes, y empujadas por los varones, se alejaron del lugar arreando a la prole; retrocedieron hacia algún lugar, posiblemente una aldea fuera de los húmedos rigores de la orilla del enfurecido océano. Pero hubo dos excepciones: tanto el mozo que logró cazarme así como la

delgadísima mujer que me había cortado el pelo, permanecieron en pie, expectantes, a la espera de algún hecho que me asustaba comprobar. Las nuevas experiencias no estaban siendo de mi agrado.

El muchacho, apenas un quinceañero desenvuelto con cara de pocos amigos, unos ojos incisivos ligeramente desviados hacia la izquierda y cejas superpobladas, se encaró conmigo en el momento en que la masa desalojaba el rectángulo empedrado que hacía de teatro de operaciones, y comenzó a preguntar en su jerga impronunciable una y mil demandas para mí imposibles de comprender y por tanto de contestar ni siquiera en castellano, que a fin de cuentas era el único idioma que conocía, y no del todo bien.

Sin embargo, la callada por respuesta tampoco le agradaba, y puso una mayor dosis de convicción al arrebatar el cuchillo de manos de aquella lastimera mujer; una vez que blandió el arma, lo presentó ante mis aterrados ojos con gesto amenazador.

Los dos energúmenos que anteriormente me habían atizado sin piedad, volvieron a agarrarme y al mantenerme medio erguido aunque sin pisar los pies en el suelo, comprendí que el asunto se ponía muy feo pues la reluciente hoja brillaba con peligro, demasiado cerca de mi cara en manos de una titubeante mano adolescente.

El espectáculo tocaba a su fin, eso parecía evidente.

El chaval, el viejo, los dos gorilas y la mujer, se enfrentaban con un desvalido y castigado náufrago que carecía hasta de las mínimas dosis de hospitalidad. Aterido de frío, desnudo como mi madre me trajo al mundo, y con más miedo que cuando Neptuno nos arrojó contra los escarpados arrecifes, tuve una última y feliz idea, o eso esperaba: no podía

moverme, es verdad, pero sabía hablar -o eso creía- y no estaba dispuesto a regalar mi piel para refuerzo de la techumbre de alguna choza cochambrosa, sin esgrimir algún argumento defensivo.

<<Aquella bolsa rebotante de Doblones, algún que otro Excelente de Granada y una multitud de Maravedíes pululando por doquier, que olvidé devolver a mi pretendido suegro, también me estaba pasando una factura emocional sin límite. Para un potentado como Simón Ruiz, el montante de aquella suma era el equivalente a un tahalí de miseria, un jornal de la soldadesca bruta del que un servidor era parte fiel y tal vez, vil representante; el hecho dinerario en sí, suponía una pérdida absolutamente reparable que entraba dentro de los riesgos de la novedosa profesión de banquero del tutor de Amparo; pero para mí supuso el pasaporte a las Pérfidas Islas, la salida del mundo mesetario de los don Nadie con la posibilidad de llegar a una respetable posición al regreso a la Península de los Triunfadores>>.

<<Sin embargo, un puñado de monedas, aunque fuese un buen manojo, no dejaba de ser algo parecido a lo que padre nos predicaba a menudo, y no necesariamente los domingos: “Debéis apuntar bien alto, hijos míos; no os conforméis con el pan nuestro de cada día: eso está bien para el sermón del cura, pero no olvidéis que en nuestros días equivale a pan para hoy y hambre para mañana; intentad una empresa grande, que el tío Paco con las rebajas, lo convertirá en algo normalito; nunca os conforméis con las migajas, que para eso ya tenemos a los perros, y vosotros seis, a vuestro padre”>>.

<<Es posible que los ánimos que nuestro progenitor nos proporcionaba casi a diario, se convirtieran en un órdago para un joven inquieto y ambicioso como yo. No es que